

## De paraísos sinceros

Antonio Colinas

Valorar la obra pictórica de Georges Ward de manera apresurada nos llevaría quizá a terrenos engañosos. ¿Cuáles podrían ser algunos de éstos? Remitirnos, por ejemplo, a cierta pintura floral del XVIII, si pretendiésemos buscar influencias o ascendientes. O quizá, pensando en su expresividad tan viva y en su libertad creativa, podríamos decir que este pintor se mueve entre el hiperrealismo y cierto grado de surrealismo, que viene impuesto por la osadía de sus colores. Esta sería, a mi entender, la lectura epidérmica de esta pintura engañosamente real, engañosamente llamativa.

Y es que en la pintura de Ward hay, ante todo, una sinceridad que es de la que nace su justificación. Como Antonio Machado nos decía refiriéndose al texto poético, a fin de cuentas lo que el artista plástico debe y tiene que hacer –sobre todo en tiempos de tantas provocaciones, de tanto vacío creador, de tanta “filosofía” del “todo vale”– es expresarse, dejar hablar a la voz interior, manifestar, ante todo, la libertad de crear sin hipocresías, sin burdos mensajes. Rescata así este pintor lo primordial, que es esa libertad de ser y de decir por medio del arte lo que él, simple y llanamente, quiere decir y debe decir en sus cuadros.

Hay también en esta pintura una dualidad primordial, de la que nace su fuerza y por la que es llamativa: naturaleza-vida, o como él prefiere expresar *natura-life*. Estamos hablando, en cualquier caso, de una naturaleza exuberante, es decir, la de los orígenes, la incontaminada, la que proporciona la vida, el respirar. Aún no se ha instalado en ella ni la arqueología (Poussin), ni las ruinas fecundas (Iris Lázaro), ni por supuesto los seres humanos, pues en este caso, esa naturaleza en su estado puro pasaría a ser escenografía a secas, siendo el ser que la altera progresivamente el protagonista de la misma, hasta llegar a ese momento presente en el que, simplemente, la naturaleza ha desaparecido de los cuadros (Bacon, Freud) y sólo queda el ser humano, pero como una muestra de descomposición progresiva. Es ya el ser (¿humano?) antes del fin. Luego, sí, también suelen quedar en el arte de hoy los “objetos”, los “productos”.

Estamos, en realidad, en los cuadros de Georges Ward ante lo que los poetas y pensadores sufíes reconocían como el microcosmo que explica el macrocosmo, ante un mensaje de totalidad, de ese absoluto que la naturaleza nos pone de relieve y nos ofrece como el más hermoso de los dones. Frente a él, el ser humano contempla y respira, fija lo que le da vida, fija la vida, que como hemos dicho es la otra coordenada que determina el mundo pictórico de este artista.

Pero siendo (también engañosamente) abrumador el mensaje que se nos transmite, debido a esa fuerza del color y a la rotundidad de los trazos, hay en esta pintura una humildad que sólo el microcosmo puede transmitir. En primer lugar, porque al margen del latido cósmico hay en esta naturaleza un afán de espontaneidad. Incluso la naturaleza más aparente y diestramente fijada –la de una costa, un mar, unos montes o una laguna– se ven sometidos en algunos de sus cuadros a esa otra naturaleza del origen, la de los límites concretos: plantas, flores, pájaros, insectos. Incluso estos últimos nos remiten a esa lección humilde por medio de abejas, escarabajos, caracoles o mariposas, que es el insecto, el cual nos prueba por excelencia que nos hallamos en un lugar puro, incontaminado. Son los espacios en los que está germinando la vida en la humedad de las plantas, en el aroma de las flores, en los suaves movimientos de los insectos.

Este afán de humildad evidente, pero a la vez de vida germinal –la que anuncia la llegada de los frutos– nos habla también de un afán de fusión. El hombre no está en los cuadros, pero sí en los ojos del que los contempla. Es al ser que contempla al que le está destinada la grata tarea de fundirse con la realidad, de sumergirse en el Todo desde su Nada. Este afán de fusión que el pintor suscita no podría hacerlo sin el extremado verismo de sus imágenes, sino sobre todo sin la novedad y la fuerza de sus colores, otra de las características de sus obras. Este pintor no sólo pinta lo que quiere pintar sino que lo hace impulsado por la imposición de los colores, que están siempre ahí al alcance de los artistas, pero de los que no siempre se extrae su extremosidad. Se convierte así el color en este pintor como en otro microcosmo de ese microcosmo que es el cuadro. El color por sí mismo deshace la forma y nos libra, de nuevo, de cualquier interpretación fácil o tópica.

Habiendo señalado los rasgos, para mí primordiales, de la pintura de Georges Ward, no podría terminar estas palabras de presentación de la misma sin aludir a otro microcosmo que, seguramente en estos

últimos años, también ha venido influyendo en su pintura: me refiero al de la isla de Ibiza. Los que conocen bien este espacio de la isla con el que Ward ha sintonizado, sabemos que no existe una sola (y tónica) Ibiza, sino muchas Ibizas, pero la primordial es siempre la de su naturaleza. No sólo la que revela la mar con su luz blanca y fogosa, sino la Ibiza interior, la de (otro) microcosmo: el de la casa payesa y su entorno.

En esa naturaleza ya ha aparecido el hombre, pero con él pugna aún con fuerza no sólo la naturaleza de las plantas (una de las más ricas reservas en plantas y flores del Mediterráneo, según los botánicos), sino la de los animales humildes y bondadosos, o la del bosque de pinos, o la de esos troncos de algarrobos y olivos centenarios en los que el que contempla “lee” signos reveladores, o en las flores por excelencia: las orquídeas en las calas secretas o las de los almendros blanqueando, aún más, los valles en las noches de luna.

No son gratuitos estos comentarios, porque no hay obra artística, a mi entender, detrás de la cuál no exista la vida, la experiencia de vivir. Por eso, aunque no hubiera sabido previamente que Georges Ward había estado en sintonía con la isla de Ibiza, yo hubiera pensado en ésta al ver sus cuadros. Porque hay entre cuadro e isla una *sintonía* que nace de esas lecciones bien aprendidas que ya hemos señalado: la de una naturaleza pujante, la de un afán de fusión con su espacio, la de la luminosidad de los colores, la de una vida en libertad.

Lo que sucede es que este pintor objetiviza al máximo su mundo y por eso en sus cuadros observamos un mundo más cercano al tropical: otros *mundos*. El cuadro es la isla ensoñada en la que el ser de nuestros días, saqueado –como la naturaleza– por tantas agresiones, aún rescata su humanidad, nos revela el medio en el que debemos hacer lo esencial para salvarnos: respirar, contemplar, gozar.

*Salamanca, febrero de 2013*

# De paradis sincères

Antonio Colinas

Juger l'œuvre picturale de Georges Ward nous mènerait sans doute à des terrains erronnés. Quels pourraient-ils être ? Nous référer, par exemple, à certaine peinture florale du XVIIIème siècle, si nous prétendions chercher des influences ou ascendants. Ou bien, en pensant à son expressivité si vive et à la liberté créatrice, nous pourrions dire que cet artiste se situe entre l'hyper-réalisme et un certain degré de surréalisme imposé par l'audace de ses couleurs. Il s'agirait là, à mon avis, d'une lecture épidermique de cette peinture faussement réelle, faussement criarde.

En effet, dans la peinture de Ward il y a, avant tout une sincérité qui en justifie l'existence. Comme nous disait Antonio Machado à propos du texte poétique: "au bout du compte, ce que le plasticien est tenu de faire – surtout à une époque de tant de provocations, de tant de vide créateur, de tant de « philosophie » du « tout est bon » - c'est de s'exprimer, de laisser parler la voix intérieure, de manifester, avant tout, la liberté de créer sans hypocrisies, sans messages grossiers. C'est ainsi que ce peintre récupère l'essentiel, cette liberté d'être et de dire au moyen de l'art, ce que lui, de la manière la plus simple et claire, veut et doit dire dans ses œuvres.

Il y a aussi dans cette peinture une dualité essentielle, de laquelle naît sa force et qui la rend frappante : nature-vie, ou bien comme il préfère l'exprimer « natura-life ». Nous parlons, en tout état de cause, d'une nature exubérante, c'est-à-dire, celle des origines, la non-polluée, celle qui procure la vie, la respiration. L'archéologie (Poussin) ne s'y est pas encore installée, ni les ruines fécondes (Iris Lázaro), encore moins les êtres humains car dans ce cas, cette nature dans son état pur deviendrait simple mise en scène, avec comme protagoniste l'être qui l'altère progressivement, jusqu'à ce moment présent où la nature a simplement disparu des tableaux (Bacon, Freud) et où il ne reste plus que l'être humain, mais seulement comme une preuve de décomposition progressive. Il s'agit alors de l'être (humain ?) avant la fin. Il est vrai, certes, qu'il reste également dans l'art d'aujourd'hui les « objets », les « produits ».

Nous nous trouvons en réalité, dans les tableaux de Georges Ward, devant ce que les poètes et penseurs soufis reconnaissent comme le microcosme qui explique le macrocosme, devant un message de totalité, de cet absolu que la nature nous met en

avant et nous offre comme le plus beau de tous les dons. Face à celui-ci, l'être humain contemple et respire, fixe ce que la vie lui offre, fixe la vie, qui est, comme nous l'avons déjà évoqué, un autre élément qui détermine le monde pictural de cet artiste.

Mais le message qui nous est transmis étant (également trompeusement) troublant, à cause justement de cette force de la couleur et de la fermeté des traits, il y a dans cette peinture une humilité que seul le microcosme peut transmettre. Tout d'abord, parce que mis à part le battement cosmique, il existe dans cette nature un désir véhément de spontanéité. Même la nature la plus apparemment et adroitement inerte – celle d'une côte, d'une mer, de montagnes ou d'une lagune – est soumise dans certains de ses tableaux à cette autre nature de l'origine, celle des limites concrètes : plantes, fleurs, oiseaux, insectes. Ces derniers nous renvoient, au travers des abeilles, scarabées, escargots ou papillons, à cette humble leçon qu'est l'insecte, celui qui par excellence nous prouve que nous nous trouvons dans un lieu pur, non contaminé. Ce sont là les espaces où germe la vie dans l'humidité des plantes, dans l'arôme des fleurs, dans les mouvements délicats des insectes.

Ce désir violent d'humilité évidente, mais à la fois de vie germinale – celle qui annonce l'arrivée des fruits – nous parle aussi du désir de fusion. L'homme n'est nullement présent dans les tableaux, mais si dans les yeux de celui qui les contemple. C'est à ce dernier qu'est destinée l'agréable tâche de se fondre avec la réalité, de submerger dans le Tout depuis son Néant. Cette force de fusion que le peintre suscite ne pourrait avoir lieu sans l'extrême vérité de ses images, encore moins et surtout sans la nouveauté et la force de ses couleurs, une autre des caractéristiques de ses œuvres. Ce peintre ne peint pas seulement ce qu'il veut peindre, mais il le fait aussi sous l'impulsion de ce que les couleurs lui imposent, les couleurs toujours là à la portée des artistes mais dont on n'extrait pas toujours les qualités extrêmes. La couleur devient alors chez ce peintre un autre microcosme de ce microcosme qu'est le tableau. La couleur par elle-même défait la forme et nous libère à nouveau, de toute interprétation facile ou banale.

Ayant évoqué les traits, à mon avis essentiels, de la peinture de Georges Ward, je ne pourrais finir ces mots de présentation sans faire allusion à un autre microcosme qui, probablement durant ces dernières années, a également influencé sa peinture : je veux parler de l'île d'Ibiza. Ceux qui connaissent bien cet espace de l'île avec lequel Ward est en symbiose, savent qu'il n'existe pas une seule image cliché d'Ibiza, mais beaucoup d'Ibizas, la principale étant celle de sa nature. Non seulement celle que révèle la mer

avec sa lumière blanche et fougueuse, mais aussi l'Ibiza intérieure, celle appartenant à un (autre) microcosme : celle de la maison paysanne et de ses environs.

Dans cette nature l'homme a déjà fait son apparition, mais contre lui luttent avec force non seulement la nature des plantes (l'une des plus riches réserves de plantes et de fleurs en Méditerranée, d'après les botanistes), mais aussi celle des animaux humbles et bons, ou encore celle de la forêt de pins ou bien celle de ces troncs de caroubiers et d'oliviers centenaires sur lesquels celui qui contemple « lit » des signes révélateurs, mais aussi sur les fleurs par excellence : les orchidées dans les criques secrètes ou celles des amandiers blanchissant, encore davantage, les vallées dans les nuits de lune.

Ces commentaires ne sont nullement gratuits, car il n'existe aucune œuvre artistique, à mon avis, derrière laquelle il n'existe la vie, l'expérience de vivre. C'est pourquoi, même si je n'avais pas su au préalable que Georges Ward était en contact avec l'île d'Ibiza, j'aurais pensé à celle-ci en voyant ses tableaux. Car il y a entre tableau et île une harmonie née de ces leçons bien apprises et que nous avons déjà évoquées : celle d'une nature vigoureuse, d'un désir de fusion avec son espace, celle de la luminosité des couleurs, d'une vie en liberté.

Il se trouve que ce peintre objective au maximum son milieu et c'est la raison pour laquelle dans ses tableaux nous observons un monde plus près des tropiques : d'autres mondes. Le tableau est l'île rêvée sur laquelle l'être d'aujourd'hui, saccagé – comme la nature – par tant d'agressions récupère encore son humanité, nous révèle le milieu dans lequel nous devons faire l'essentiel pour notre salut : respirer, contempler, jouir.

*Salamanque, février 2013*

# Sincere Paradises

Antonio Colinas

To assess Georges Ward's pictorial work at first glance would lead us into treacherous territory. Where could this lie? In making references, for example, to certain 18th Century floral painting, if we aim to search for influences or ancestry. Or maybe, on thinking about his vivid expressiveness and creative freedom, in that we might say that this artist fits into the mould of Hyperrealism, with a certain touch of Surrealism, owing to his daring use of colour. This would be, in my view, a rather superficial reading of this style of painting, so deceptively real, deceptively garish.

What we find in Ward's work is, above all, a sincerity that justifies its existence. As Antonio Machado used to say about poetry: in the final analysis what the artist has to, and must, do – especially in today's age of provocation, with so many empty creators, so much “anything goes” “philosophy(?)” – is express himself, let his inner voice speak, display, above all, the freedom to create, without being hypocritical, without resorting to crude or coarse messages. In this way, this artist recaptures the age-old essence: the artist's freedom to say, through his art, simply and plainly, what he means, and what he must express in his work.

There is also a primordial duality in this art, and from this its power is derived, which is why it may seem so gaudy: nature-life, or what the artist calls *natura-life*. We are talking, in any case, about the luxuriance of nature, that is to say, the *primaeval*, the unpolluted. Nature which gives rise to life, breathing. Not even archeology (Poussin) has found its place as yet, nor “ruins once fertile” (Iris Lázaro), nor, needless to say, human beings; if they had, that nature, in its purest state, would turn into a mere stage set - they would alter it and gradually become the main character, until we arrived at that present moment when nature has simply disappeared from the painting altogether (Bacon, Freud), leaving only the human being, but as a sign of progressive decomposition; now the being (human?) just before the end. Subsequently, the norm is that only “objects” and “products” remain in today's art.

In reality, in Georges Ward's pictures, we have before us what Sufi poets and thinkers saw as the microcosm that explains the macrocosm, a message of totality, of that absolute which nature highlights and offers to us: the most beautiful of all gifts. In the face of It, the human being beholds and breathes, he focuses on what gives him life, on life itself, which, as we have said, is the other coordinate which defines the pictorial world of this artist.

But, (also deceptively), as overwhelming as the message that Ward puts across may be, due to that strength of colour and forcefulness of outline, in this work there is a humility that only the microcosm can convey. Firstly, because, outside the cosmic throb, within this nature there is an eagerness for spontaneity. Even the most ostensibly and skillfully conveyed natural scene – a coast, a sea, some woodlands, a lagoon – is, in some of his pictures, subjected to that *other* primaevial nature, with specific demarcations: plants, flowers, birds, insects. The latter teach us a lesson in humility, via bees, beetles, snails or butterflies: the insect exacts that we should find ourselves in a pure, unpolluted space. These are areas where life is germinating within the moistness of the plants, the scent of the flowers, in the gentle coming and going of the insects.

This obvious eagerness to be humble, yet at the same time life-germinating – the proclamation of the arrival of fruits – also speaks to us of a desire for fusion. Man is not present in the paintings, but he is there in the eyes of the onlooker. He is the being who contemplates those who have been given the happy task of intermingling themselves with reality, of immersing themselves in The Whole despite their individual inconsequentiality. Ward would not be able to evoke this desire to blend and fuse without the extreme realism of his images, but, and this is especially important, neither would he be able to do so without the potency and originality of his colours - another of the characteristics of his work. This artist not only paints what he wants to paint, but does so driven by the imposition of colour, colours which are always within an artist's reach, but which are rarely brought out to such an extreme. In this way, colour, for him, becomes another microcosm within the microcosm of the picture. The colours alone cause form to disintegrate and free us from any kind of facile or clichéd interpretation.

Having set out the essential features of Georges Ward's work, I could not finish these words of presentation without reference to another microcosm which, certainly in recent years, has also been an influence on Ward's painting: I am referring to the island of Ibiza. Those who are familiar with the area where Georges has become so attuned, know that there is no such thing as one sole (and clichéd) Ibiza. There are, in fact, many



different Ibizas, the most essential being the *natural* Ibiza. Not only the maritime Ibiza, with its white and fiery light, but also inland Ibiza, that of the (other) microcosm: the rural farmhouse and its surroundings.

Man has barged in on this natural environment, but he still faces strong competition, not only from the plant kingdom (one of the richest natural reserves of plants and flowers in the Mediterranean, according to botanists), but also from the kind and humble animals, or the pine forests, or those carob trunks and centenarian olive trees, which one can observe, and where we can “read” revealing signs, as with the flowers, particularly: orchids in secret coves or almond trees that(still more)lighten the valleys on those moonlit nights.

These comments are not unwarranted, because, as far as I know, there is no artistic work which does not have life, the experience of living and existence woven into it. This is why, though I may not have known before writing that Georges Ward had had such an affinity with that place, the Isle of Ibiza would have immediately sprung to mind on looking at his paintings, because between the picture and the island there is a *harmony* born from these well learned lessons that we have outlined: nature in all its vigour, its eagerness to merge with its environment, the luminosity of colour, life in freedom.

What happens is, this artist materializes his world to the full, which is why we can see something more akin to a tropical world in his paintings: other *worlds*. The picture is the dreamy island where the human being of today, ravaged – like the natural environment – by so many aggressions, still conserves his humanity. It reveals to us a habitat where, to pull through, we have to do the essential: breathe, look, enjoy.

*Salamanca, February, 2013.*